

que os conozca, y de que crea que solo Vos sois el Dios verdadero.

Después de esta oración Dios le dió fuerzas para que volviese á su iglesia, y cantase sus alabanzas. Al venir muy de temprano los paganos, quedarón más admirados de verle que el día anterior. Se encendió nuevamente su rabia, y le trataron con mayor crueldad. Tres años duró esta persecución, y durante este tiempo no hubo malos tratamientos que no le hiciesen sufrir. Pero ya le azotasen, ya le ultrajasen, ya le arrastrasen, ya le apredreasen, ya le hiciesen sufrir hambre y sed y todos los tormentos imaginables para hacer que se retirase, parecia como un diamante que no se deja ablandar ni torcer, ni se notaba en él el más leve movimiento de cólera ni de indignación; ántes por el contrario, miéntras más le perseguian, más se inflamaba su caridad para con ellos. Unas veces les exhortaba con celo, otras les aconsejaba con dulzura, otras les daba señales de ternura y de afabilidad. Trataba á los ancianos como á padres, á los de su edad como á hermanos, y á los jóvenes como á hijos, por más que no dejasen de despreciarle, y de decirle injurias y ultrajes.

Por último, llegó el día de la misericordia: Dios escuchó las oraciones, las lágrimas y los sufrimientos de su siervo, y le recompensó con la conversión de todo el pueblo. Hé aquí como refiere san Efrén esta maravillosa mudanza. « Hallábanse un día reunidos los habitantes del lugar, empezaron á hablar del Santo con grande admiración. Ya veis, decian algunos, que, á pesar de los malos tratamientos que le hemos dado, léjos de abandonarnos, permanece á nuestro lado, sin que jamás diga una palabra que pueda ofendernos, ni profesarnos el más leve odio. Ha sufrido con inalterable paciencia nuestras persecuciones. Seguramente no hubiera podido soportar estos ultrajes, si el Dios verdadero no estuviese con él, y si no fuese cierto lo

que nos dice del reino celestial y de los suplicios eternos. ¿Y como hubiera podido derribar nuestros altares y hacer pedazos nuestros dioses, sin que estos se hubieran vengado de él, si hubieran podido hacerlo? Preciso es, por lo tanto, que sea siervo del Dios verdadero, y que todo lo que nos dice sea verdad. Así pues, debemos creer en el Dios que nos predica. »

Estas palabras fueron aceptadas por todos, é inmediatamente fueron á buscarlo, diciendo á grandes voces: « Gloria sea dada al Dios del cielo, que nos ha enviado á su ministro para sacarnos del error y salvarnos. — ¿Cual no sería el gozo de este santo varón cuando los vió en esta actitud? Cual las flores que, refrescadas con el rocío de la mañana, ostentan más vivos colores, así apareció el rostro de este hombre de Dios. » Carísimos padres, les dijo, queridos hermanos, amados hijos, seais benditos de Dios todos los que habeis venido en su santo nombre. Demos gloria á Dios por la gracia que os ha concedido de ilustrar vuestras almas, para que le conozcais: recibid el carácter de salud, que os purificará de las abominaciones de la idolatría. Creed con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, que no hay más que un solo Dios criador de los cielos y de la tierra y de todo cuanto en ellos se contiene; que existe desde la eternidad: que es incomprendible, inefable, inmutable, inmenso y eterno: que nos dá sus luces, y que nos ama hasta haberse constituido en Salvador nuestro. Él es grande, admirable, perfectísimo, fuerte, dulce é infinitamente bueno. Creed también en su Hijo unigénito, que es la sabiduría y el esplendor del Padre, y por el cual han sido hechas todas las cosas. Creed, por último, en el Espíritu Santo, que le es consustancial y coeterno, y que vivifica todas las cosas. Creed todas estas verdades, para que podais llegar un día á la vida eterna. »

« Todos á una voz le respondieron: Sí, Padre mio, vos

sereis nuestro guía : creemos todo lo que acabais de decir, y observaremos todo lo que nos mandeis. Viendo el Santo tan buenas disposiciones, los bautizó en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, siendo unas mil personas las que recibieron el sacramento de la regeneración. Desde entónces les leía asiduamente las sagradas Escrituras, y los instruía en los principios de la fe, de la justicia y de la caridad. Les hablaba de la resurrección de los muertos, del juicio final, del reino de Dios, de las delicias de los santos y de los suplicios de los réprobos. Miraban á este santo hombre como á un ángel del cielo, y como la base y el cimiento del edificio espiritual, y sus corazones le amaban con un afecto filial ; miéntras que sus almas podían compararse á las tierras fértiles de que habla el Evangelio, y que producen ora sesenta, ora treinta semillas : así es que escuchaban sus instrucciones con gozo y avidez, y sus almas se hermosteaban con los frutos de la virtud.

Un año entero pasó en aquel lugar despues que sus habitantes recibieron el bautismo, instruyéndolos para fortalecerlos en la fe, y transcurrido este tiempo, considerando que amaban á Dios con toda la sinceridad de sus corazones, llegó á temer que el afecto y la veneración extraordinaria que le profesaban pudiera ser motivo de relajación para ellos y para sí mismo. Lo cual demuestra cuán puro era su celo, y cuán profunda su humildad, que le llevaba á desconfiar de sí mismo. Grande ejemplo es éste para las personas consagradas al ministerio de la salvación de las almas, pues les enseña á no buscar más que la gloria de Dios y á obrar con gran desconfianza de sí mismas.

Estas consideraciones determinaron á este santo hombre á ceder á otros el campo del Señor, que él habia desmontado y cultivado con tanto celo, y á volver á su celda, cuando creyó haber cumplido su santa misión. En su virtud se levantó á media noche, é hizo á Dios esta plegaria : « Señor,

vos solo sois impecable é infinitamente santo : Vos reposais en las almas santas ; Vos sois tan bueno y misericordioso, que habeis sacado á este pueblo de las tinieblas, y le habeis traído al conocimiento de la verdad : Vos habeis roto las cadenas con que el enemigo de la salud le tenia aprisionado al culto sacrilego de los ídolos. Yo os pido que lo conserveis en la fé. Venid en ayuda de este rebaño, de yo he sido pastor por un efecto de vuestra misericordia. No dejéis de fortalecerlo con el poder de vuestra gracia : guiadlo con vuestra luz celestial, para que observando una conducta agradable á vuestros divinos ojos, tenga la dicha de llegar á la vida eterna. No me rehuséis, Dios mio, vuestro auxilio en mi extrema debilidad, y no me imputeis á pecado en el dia del juicio la resolución que he tomado de retirarme, pues no lo hago sino llevado del deseo de seguirlos. Despues de esta oración salió secretamente del lugar, le dió su bendición haciendo tres veces la señal de la cruz, y se retiró á otro lugar, en donde se ocultó lo mejor que pudo.

Puede calcularse el dolor de su pueblo, cuando no lo encontró en la iglesia. Aquellas ovejas errantes le buscaron por todas partes, llamando á su pastor con su dolor y sus lágrimas, y haciendo resonar en todos aquellos parajes sus lamentaciones. No encontrándole, acudieron al obispo para exponerle lo ocurrido. Este no se afligió ménos que ellos, y envió emisarios para que buscasen al Santo, como se busca una piedra preciosa. No encontrándole por ninguna parte, él mismo fué al lugar con su clero, dirigió su palabra al pueblo para consolarle, y viendo que sus habitantes estaban muy bien instruidos en la fé, y que practicaban exactamente los preceptos divinos, escogió de entre ellos á los que consideró más á propósito para las funciones eclesiásticas, ordenando á unos de presbíteros, á otros de diáconos, y á otros de lectores.

San Abraham supo con grande satisfacción lo que había hecho el obispo: dió gracias á Dios, y no temiendo ya que opusiesen obstáculos á su retiro, volvió á su celda. Hizo edificar otra adosada á ésta, y que era como una celda exterior, que hacía la suya más adecuada para el recogimiento, y para la vida de oración que se proponía hacer. Pero apenas supieron en donde se hallaba las gentes de la aldea que había convertido, fueron á manifestarle sus sentimientos de adhesión, considerándole siempre como su guía en el camino de la salud, y acudiendo á él con confianza filial para recibir sus instrucciones y edificarse con la admirable santidad de su vida: pues consideraban como un grande favor tener el consuelo de verle y escuchar sus edificantes palabras. » ¡ O maravilla sin igual ! exclama san Efrén ; ¿ quién podrá alabar dignamente á este hombre de Dios, y qué gloria no es para él el no haber relajado en nada sus austeridades, y el no haberse separado del camino de la santidad todo el tiempo que vivió en este lugar, en medio de tantos trabajos y de tantas persecuciones ? No tenemos palabras suficientes para dar gloria al Señor, que le dió una paciencia tan constante como generosa, con la cual convirtió tanta gente, sin disminuir la penitencia que hasta entónces había practicado. »

El demonio, que siempre ha sido enemigo declarado de la virtud, más irritado que nunca por las derrotas que Abraham le había hecho sufrir con su heróica paciencia, y por la multitud de almas que le había arrebatado, se propuso atacarle con todo su vigor, tanto para obligarle á que mitigase su penitencia, como para turbar su retiro. Unas veces se le aparecía de noche rodeado de espantosa claridad, y haciendo oír la voz de muchas personas, cual si fuesen espíritus celestiales que le alabasen y felicitasen por sus victorias: otras fingía echar á tierra su celda, para sepultarle en sus ruinas: otras hacía aparecer una multitud de gentes,

que se exhortaban mutuamente á atarlo y echarlo á una fosa profunda, y otras, por último, le presentaba horribles fantasmas para distraerle de su oración. Pero el Santo, que tenía puesta toda su confianza en Dios, no se turbaba por estos artificios; ántes por el contrario, despreciaba á su enemigo: le combatía con diferentes pasajes de las sagradas Escrituras, invocando el auxilio del Señor, y oponiéndole su humildad y su ferviente amor á Dios, lo cual desconcertaba al maligno espíritu, y le obligaba á retirarse lleno de confusión.

« Continuó este enemigo, dice san Efrén, durante mucho tiempo atacándole de diferentes maneras; pero todos sus esfuerzos no sirvieron para otra cosa, que para acrecentar en su alma el amor que á Dios profesaba y el gozo con que se consagraba á su servicio. Pues como le amaba con todo su corazón, y regulaba todas sus acciones por su divina voluntad, se hizo digno de recibir la gracia divina con mayor abundancia, y con ella se hallaba fortificado contra las potestades de las tinieblas, que, como es consiguiente, no podían dañarle. Había llamado, continúa el mismo escritor, con tanta paciencia y perseverancia á las puertas de la divina gracia, que el Señor le abrió sus tesoros, y entre ellos escogió este Santo las tres piedras preciosas de la fé, de la esperanza y de la caridad, con las cuales realzaba el brillo de las demás virtudes, y formaba riquísima corona para ofrecerla al Rey de los reyes, de quién había recibido dones tan singulares. »

« Pero quiero hablaros de uno de los hechos más admirables de su vida, ocurrido en su vejez, y que realzando el mérito de su caridad, puede servir á las personas espirituales de ejemplo muy útil y adecuado para inspirarles sentimientos de compunción. » Tal es la historia de su sobrina, que, según Tillemont, es la acción más grande realizada por san Abraham.

Habia tenido este Santo un hermano que, al morir, dejó una hija llamada María, y que, á la edad de siete años, le fué llevada por sus amigos. Se encargó, pues, de ella con la única intención de educarla en la piedad, y hacerla digna de los bienes celestiales. No deseando para ella más que la posesión de estos bienes, hizo distribuir á los pobres las riquezas que le habia dejado su padre, y la colocó en una celda inmediata á la suya, instruyéndola por una ventana que abrió al efecto. Hizole aprender el salterio y otros libros de la sagrada Escritura: la enseñó á alabar á Dios y cantar los salmos, le dió reglas de mortificación, y la formó con tanto esmero en la piedad, que en poco tiempo hizo maravillosos progresos, siendo las delicias de su santo tío, y adornando, á su ejemplo, su alma con todo género de virtudes.

Abraham, por su parte, no cesaba de rogar al Señor, que se dignase conservarla en la inocencia, é impidiese que su corazón se inclinase á las cosas de la tierra; mientras que ella le pedia que la preservase de los lazos del demonio y de sus perniciosas sugerencias. De esta manera adelantaba con santa alegría en el servicio y amor de Dios, y guardaba fielmente la regla que su tío le habia prescrito. Este santo hombre se hallaba lleno de gozo viéndola perseverar en aquel género de vida y progresar en la verdadera caridad. San Efrén unia también sus instrucciones á las de su tío, y así es que la jóven se conservó durante veinte años cual cándida paloma, y como cordero sin mancha.

Pero el demonio no podia tolerar el verse vencido por tan hermosa virtud, y al fin estalló su rabia. Puso, pues, sus redes para sorprenderla, y para distraer al mismo tiempo á su tío del amor que profesaba á Dios con la amargura que habia de derramar en su corazón. Así como se valió de la forma de serpiente para arrojar del jardín de las delicias á los primeros padres, y hacerles pasar á una

tierra que no produce más que abrojos y espinas, así también encontró un instrumento de perdición para la piadosa doncella. Este instrumento fué un falso monje, que venia algunas veces á ver á san Abraham con pretexto de instruirse en los deberes de su estado, y que poniendo sus ojos en la sobrina, se dejó arrastrar de su belleza, que era muy grande, de modo que en realidad no venia sino con objeto de verla, pero encubriendo siempre sus culpables intenciones con el pretexto de hablar al hombre de Dios. Durante un año entero tuvo este desgraciado que luchar con la virtud de María, pero fueron tantos los artificios de que se valió, que al fin pudo vencer su corazón.

El demonio que la habia fascinado para que no viese el abismo en que iba á precipitarse, le hizo ver entónces todo el horror de su profundidad para acabar de vencerla por medio de la desesperación. El espíritu de María que con tanta facilidad se elevaba á Dios, fué de pronto cubierto de espesas tinieblas: su hermosísima alma que gozaba de las dulzuras y tranquilidad de la divina gracia, se encontró sumida en horrible tibieza y disgusto de las cosas divinas, y su corazón experimentó crueles tormentos. Entónces entregándose á los remordimientos y al horror que le causaba su pecado, empezó á desgarrar su cilicio, á darse golpes en su rostro, y hasta intentaba darse muerte. « No puedo, decia dando gritos, no puedo vivir de esta manera: he perdido todo el tiempo que he pasado en la práctica de la virtud: he perdido todos mis trabajos: he perdido todo el fruto de mis lágrimas, de mis vigiliyas y de los santos cánticos en que he pasado la mayor parte de la noche: he cubierto mi alma de infamia, la he dado muerte, y la he hecho esclava del demonio. ¡ Qué aflixión para mi santo tío! ¿ De qué me han servido sus consejos y los de san Efrén, cuando me encargaban con tanto esmero que me conservase pura, y me decian que tenia un Esposo inmortal, que era tan santo